

Un amor inolvidable

Noelia Jiménez



ediciones

Noelia Jiménez Sangüesa.

Un amor inolvidable.



Un amor inolvidable.

©Primera edición agosto de 2018.

©Noelia Jiménez Sangüesa.

©NJ ediciones.

Diseño y maquetación: Noelia Jiménez Sangüesa.

Corrección: Arancha Murugarren.

Todos los derechos reservados. Queda totalmente prohibida la copia total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico sin el permiso escrito y firmado del propietario y titular del Copyright.

A veces, el amor puede ser lo que necesitas para darte cuenta de que la vida
sigue pase lo que pase.

Noelia Jiménez Sangüesa, 2018.

Por fin ha llegado el momento de irnos de vacaciones, llevo nueve meses esperando este día y no puedo estar más emocionada. Este último año en la Universidad ha sido realmente complicado y, aunque ya he cumplido una de mis metas, me ha costado sudor y lágrimas. Sobre todo lágrimas. Realmente llegué a pensar que no superaría los últimos exámenes y tendría que rendirme por primera vez en mi vida. Cuando decidí entrar en la carrera de criminología, no pensé que todo sería tan difícil y rebuscado. ¿Y qué iba a hacer? ¿Dejar la carrera en el primer semestre y buscar otras opciones? Al fin y al cabo, es lo que siempre había querido hacer. Así que ahora, cuando por fin he terminado y puedo decir que soy licenciada en criminología, voy a pasarme el verano tumbada a la bartola en una hamaca de la playa de Aiguablava, en Begur.

Al terminar de hacer la maleta, recojo todas mis cosas. Pasar dos meses en la casa que mis padres tienen en ese precioso pueblo requiere que todo mi armario, a excepción de la ropa de invierno, me acompañe. Corro hacia la entrada realmente emocionada, soñando con los dos meses de relax que me esperan, pero el nerviosismo de mi madre me hace saber que algo está tramando y sé que me va a influir directamente. Ella es así, hace sus planes y los demás tenemos que adaptarnos a ellos nos guste o no.

—¿Qué has hecho esta vez? —pregunto mientras dejo que mi padre coja mi gran maleta y mi bolso de viaje para terminar de cargarlo todo y así poder cerrar el maletero de una vez por todas. Se le ve tan ansioso como a mí por emprender el viaje que nos llevará a nuestro paradisíaco destino.

—La tía Amanda me ha comentado que necesita camareras para su catering ya que se va a celebrar una gran boda con más de mil asistentes uno de estos fines de semana. Tu prima se ha ofrecido a ayudarla y me ha preguntado si podrías echarle una mano tú también —dice mientras retuerce entre sus manos un pañuelo. La miro molesta. Sabe cuánto odio estar rodeada de demasiada gente y que me cambien los planes que he ideado con mucha paciencia y ganas—. No sabía cómo decirle que no y...

—¿Es solo un fin de semana? —pregunto interrumpiéndola, lo último que quiero es que se sienta mal por ofrecerse a ayudar a su hermana.

—Sí, solo será para los preparativos de la boda y la celebración —dice mientras una gran sonrisa ilumina su rostro. Siempre intenta que me integre un poco más. El problema es que no creo que me cueste integrarme, sencillamente

no quiero hacerlo. Tengo mis amigos y, con ellos, tengo más que suficiente. Nunca me ha gustado ser el centro de atención y no sé muy bien por qué, pero siempre lo acabo siendo. Además, tenía planeado pasarme el día entero en la playa con un libro en una mano y un mojito en la otra. Menos mal que será solo un fin de semana.

—Está bien —contesto mientras aprieto su mano con cariño, demostrándole que no me importa que me haya robado un par de días de mi tan ansiado verano.

—Gracias cariño —dice y se gira hacia el interior del piso, cogiendo aire—. ¡Verónica! —grita a todo pulmón, hubiese sido conveniente haberme alejado un poco de ella—. Sal ya de una maldita vez y súbete al coche.

Verónica es mi hermana. Tiene dieciséis años y está en la edad del pavo real. Porque sí, ella supera con creces a un pavo normal y corriente. Ha terminado la ESO y, aunque hemos tenido que pelear con ella y estar detrás todo el día para que estudiase e hiciese las tareas a tiempo, lo ha hecho con muy buenas notas. Es difícil aguantarla con la diferencia de edad, aunque no sea mucha puesto que yo tengo veintidós. A pesar de que sea la persona más pesada del mundo y de que se pase el día enganchada al móvil hablando con su novio, sí, tiene novio y aquí una servidora sigue a dos velas, la quiero con locura y no sé qué haría sin ella. Es verdad eso que dicen de que del amor al odio hay un paso. Nosotras nos pasamos el día cruzando de un lado al otro.

—¡Ya voy hija mía!, hay que ver lo pesada que te pones cuando quieres —dice Vero sin levantar la vista del móvil.

—Cualquier día, tendremos el gran privilegio de ver cómo te rompes los dientes contra una farola —dice mi madre mientras nos empuja levemente para que salgamos de casa y así poder cerrar.

Con una sonora carcajada por mi parte y el grito ahogado de mi hermana, las tres nos dirigimos al coche donde mi padre ya se ha preparado para conducir. Nos mira a las tres mientras subimos y niega levemente con la cabeza antes de poner el coche en marcha, no sé cómo puede aguantarnos. Si yo fuese él, más de una vez hubiese corrido hacia la libertad.

El camino se hace ameno con las bromas de mi madre contra mi hermana, le encanta picarla y a mí que lo haga. Puedo reírme a su costa sin ser la

responsable, por lo tanto, nunca salgo mal parada. El viaje no dura más de hora y media, puesto que Begur no está nada lejos de Barcelona. Esa es una de las razones por las que me gusta tanto pasar allí los veranos, no suelo tener problemas para ver a mis amistades más cercanas y no me paso el tiempo metida en casa sin hacer nada. Quizás es algo contradictorio, pero no es lo mismo no querer llamar la atención que no querer salir de casa. Soy un poco rara, pero tengo mis límites y no estoy preparada para rebasarlos.

—Cariño —me dice mi madre cuando hemos dejado todas las bolsas en el comedor de la casa—. ¿Te importa acercarte a ver a tu tía Amanda? Así podrá explicarte todo el tema de la boda.

—Claro, no hay problema mami —digo mientras le doy un beso en la mejilla, dispuesta a irme.

Justo antes de salir por la puerta, me doy cuenta de la sonrisa que asoma entre sus labios al oírme llamarla de esa manera. Nunca he dejado de hacerlo, pero supongo que ver cómo poco a poco me voy alejando de ella le hace estar algo triste. He enviado mi currículum y mi expediente académico a uno de los mejores centros de criminología del país y se encuentra en Madrid. Espero y deseo con todas mis fuerzas que me acepten y poder empezar a vivir la vida por la que tanto he peleado. Aunque me duela alejarme de mi madre, considero que es algo que tengo que hacer para seguir adelante. Por suerte, aún tiene a mi hermana para reír a su costa.

En menos de diez minutos me encuentro frente a la puerta de mi tía ya que nuestras casas no están muy alejadas. Al abrir, se echa sobre mis brazos y me llena la cara de besos. Supongo que un año sin haber visto a su sobrina, le da derecho a ello. Desde que tengo uso de razón, mi tía Amanda ha sido como una segunda madre para mí. Aunque Carol, mi prima, es un año mayor que yo, siempre hemos estado muy unidas y la mayor parte de los veranos, a excepción de los que se iban fuera de vacaciones, los pasaba junto a ellas. Por detrás, asoma Carol que viene a saludarme también con efusividad.

—Estás preciosa niña —dice mi tía mientras me conduce hacia el comedor, donde mi tío descansa viendo la televisión. Le saludo rápidamente, antes de que mi tía me lleve a la cocina. La verdad es que con mi tío nunca he tenido mucha relación. Es un hombre solitario que se pasa la mayor parte del día

encerrado en una habitación mientras trabaja sin parar.

—Gracias tía —le digo mientras me siento en una silla y acepto el vaso de zumo que me ofrece—. La mamá me ha dicho que querías explicarme cómo iba a funcionar el tema de la boda y demás.

—Ay, sí. Cada día estoy peor de la cabeza —dice riendo mientras saca del cajón un fajo de papeles que por lo que veo son los menús para la celebración—. Se casan dos chicos de veintisiete y veintiocho años. Al parecer, las familias deben de tener bastante dinero porque lo que hemos estado organizando durante estos meses es una boda por todo lo alto —dice pasándonos a Carol y a mí los menús. Por lo que se ve, ella tampoco posee todavía la información—. Va a ser un fin de semana muy intenso. El viernes, se reunirán con nosotras para cerciorarse de que está todo preparado y por la noche harán la despedida con todos los asistentes, el sábado se casarán y harán una pequeña cena en el chillout que tenemos en la playa y el domingo se celebrará una gran comida.

—Es una boda de tres días, ¿no? —pregunta Carol y ambas tragamos saliva cuando mi tía asiente, va a ser muy difícil mantener todo el tiempo contentos a los invitados durante tres días de celebración—.

—Sí, hija, sí —se le ve realmente cansada, organizar algo así no debe de ser nada fácil—. Espero de corazón que todo salga bien, han luchado mucho por formalizar su relación y quiero que la boda sea perfecta.

—Haremos todo lo posible para que así sea —digo, esperando la confirmación de mi prima que no duda en estar de acuerdo conmigo—. A todo esto, ¿cuándo es la boda?

—Dentro de dos semanas, pero tranquilas, solo necesito que vengáis el viernes, el sábado y el domingo. Todo lo demás ya está listo.

Decido pasar la tarde con ellas, un año da para mucho y hay muchas cosas que explicar. Carol también ha terminado la carrera, aunque le ha costado un poco más, llegando incluso a pensar que no lo lograría. Se ha licenciado en filología inglesa y entre risas me cuenta que a mi tía casi le da un ataque cuando le dijo que tenía intención de pasar un año en Londres trabajando. Doy gracias a la vida por tener una madre mucho más comprensiva, puesto que en ese aspecto son totalmente distintas. El día que le conté a mi madre que tenía intención de irme a Madrid si me contrataban, se puso a gritar de emoción. A continuación, quiso cerciorarse de que hubiese enviado correctamente todos los papeles.

Después de varias horas hablando, mi tía prepara una succulenta cena mexicana y no puedo rechazar la invitación. Aunque a veces me cueste admitirlo, he de reconocer que lo mejor que tenemos en la vida son la familia y los amigos verdaderos y no puedo negar que pasar la tarde con ellas me ha ayudado a ser un poquito más feliz.

Son las diez de la noche cuando estoy de vuelta en casa. Me encanta pasar tiempo con mi tía y mi prima pero las horas se me pasan casi sin darme cuenta y pierdo la noción del tiempo. Al entrar me encuentro con el panorama de que se han ido por ahí sin mí. Genial. Me encojo de hombros al darme cuenta de que no me importa en absoluto, estoy cansada y lo único que quiero hacer es irme a dormir.

Estoy a punto de meterme en la cama cuando veo la maleta en una esquina de mi habitación. Tengo que deshacerla y ordenarlo todo antes de acostarme si no quiero que mi madre acabe con mi corta vida. Mucho antes de lo previsto, lo tengo todo bien ordenado en el armario y la maleta escondida bajo la cama. Me meto bajo las sábanas y me acurruco entre ellas, la noche ha refrescado y me encanta dormir tapada. Cierro los ojos y me concentro en el fantástico verano que me espera, nada podría superar el hecho de estar en Begur y poder acudir a la playa a leer con tranquilidad.

Aunque todavía no me lo puedo creer, han pasado dos semanas desde la visita que le hice a mi tía y aquí estoy, preparada esperando a que lleguen los futuros novios y den el visto bueno sobre la decoración del chillout. La verdad es que es increíble el trabajo que han hecho; las carpas que cubrían las zonas de descanso han sido sustituidas por sedosas telas de distintos tonos pastel que hacen el efecto de nubes de colores cuando las luces las enfocan, los sillones están adornados con diminutas flores en todos los tonos posibles de imaginar y se nota que han sido colocadas una a una y a mano, la zona de baile tiene pequeñas luces que simulan una noche estrellada y el photocall parece la escena de un cuento.

Media hora más tarde a la llegada de los últimos empleados, aparecen cogidos

de la mano dos chicos realmente atractivos y por un momento maldigo a la vida por hacerme sufrir así, pero se me pasa al ver lo felices que son juntos. Es totalmente imposible que dejen de sonreír ni de mirarse y es algo que a todos los presentes parece encantarnos. Detrás de ellos, vienen dos parejas más adultas y en el momento deduzco que son los padres de ambos. Además les acompaña un chico de unos veinticuatro años que, a mi parecer, es mucho más atractivo que los propios novios. Me quedo unos segundos embobada con él, hasta que Carol me da un codazo mientras ríe disimuladamente.

—Disimula, cazurra —asiento repetidas veces y juntas nos apartamos para que la tía Amanda pueda empezar con su explicación.

Minutos más tarde, veo que el chico en cuestión se acerca a Carol y le susurra algo al oído haciendo que esta sonría y asienta con entusiasmo. Quiero matarla, de verdad que ahora mismo la estrangularía. Por una vez en mi vida, deseo ser el centro de atención y que el muchacho se centre en mí, pero al parecer ya ha escogido y la elegida no soy yo. Mi prima se acerca a mí con nerviosismo y temiendo lo que me va a decir, me preparo.

—Álvaro, que así es como se llama, me envía como paloma mensajera para decirte que le gustaría pasar un tiempo contigo después de la boda —dice ésta sonriendo y mi corazón empieza a latir con fuerza. ¿Será cierto eso de que existe el amor a primera vista?—. No pongas esa cara de idiota, seguro que te está mirando.

—No entiendo por qué quiere que nos veamos —digo nerviosa, nunca he estado con un chico. Sí, a mis veintidós años soy virgen y nunca he besado a nadie, lo que me hace resultar más penosa todavía. Bueno, he besado a una persona si cuento el beso que me robó un chico en primaria y por el que acabé vomitando después. No, supongo que no cuenta.

—Dice que lleva días viéndote por la playa y que no se atrevía a hablarte, pero al verte aquí, ha pensado que el destino ya le había dado muchas señales y no debía desaprovechar esta nueva oportunidad.

Sonrió brevemente y, con nerviosismo, dirijo mi mirada hacia donde se encuentra Álvaro junto a su familia. Segundos después, me mira directamente y asiente con la cabeza en mi dirección formulando una pregunta clara con su rostro. Asiento levemente y, de esta manera, le confirmo que estoy dispuesta a compartir un rato con él después de la boda. Nunca he estado tan emocionada.

El fin de semana ha pasado rápidamente y, aunque durante la celebración no pudimos hablar porque los trabajadores teníamos prohibido relacionarnos con los invitados, la tensión entre Álvaro y yo fue aumentando notoriamente. Durante la noche, no dejamos de mirarnos y sonreírnos. De vez en cuando, Álvaro se acercaba y rozaba mi mano con disimulo, cosa que provocaba leves descargas en mi cuerpo. El domingo por la noche, cuando la fiesta estaba llegando a su fin, me hizo llegar una nota donde indicaba la hora y el lugar donde quería que nos reuniésemos hoy. Feliz como una perdiz, aunque totalmente agotada, me fui a dormir y aquí estoy; en el lugar indicado y más nerviosa que nunca. Me he decidido por un vestido por encima de la rodilla de color blanco y unas sandalias no muy altas de un tono marrón claro. He recogido mi cabello en una coleta alta y me he maquillado levemente, no me gusta mucho alterar mi aspecto. A quien le guste, lo haré siendo yo misma. Tan solo he tenido que esperar un par de minutos antes de verlo aparecer. Lleva unos pantalones de color beige y una camisa de manga corta de color blanca. Al parecer, vamos conjuntados. Sonríe nada más verme y ambos miramos al suelo cuando por fin estamos uno frente al otro; parecemos dos idiotas. Por una parte, me alegra saber que no soy la única inexperta en estos temas, pero por otra, me gustaría que fuese él quien tomara la iniciativa. Como si me hubiese leído el pensamiento, toma mi mano con suavidad y, sin articular palabra, empieza a correr llevándome con él.

—¿A dónde vamos? —pregunto elevando la voz para que me oiga, es imposible escuchar nada mientras corremos.

—Quiero enseñarte algo —dice también elevando la voz y, sin entender bien por qué, ambos corremos mientras reímos sin poder evitarlo.

Unos diez minutos después, paramos por fin cerca de la playa de Aiguablava e inmediatamente sé dónde quiere llevarme. A pocos minutos de aquí, hay una gran cala que pertenece a la playa donde el agua es totalmente transparente y recuerda a los turistas las playas que se encuentran en el Caribe. Miro a Álvaro con una sonrisa, intentando recuperar el aliento y sonrío en respuesta, haciendo que mi corazón se acelere de nuevo.

Durante el camino no hablamos, pero no hemos soltado nuestras manos. Quizás

parece un poco ridículo puesto que no nos conocemos, pero me siento muy a gusto a su lado. Me da la sensación de que le conozco de toda la vida y esto es algo que hacemos a menudo. Siento una gran paz en mi interior y presiento que ahora nada podría arruinarme este momento. Cuando llegamos a la cala, veo que en la arena hay una pequeña manta extendida en el suelo y sobre esta hay una cesta de picnic. Mi corazón vuelve a dar un vuelco y siento que podría desmayarme en cualquier momento.

—¿Lo has preparado tú? —pregunto sorprendida, este sonrío y me dirige hacia el lugar donde al parecer vamos a cenar.

—Has trabajado mucho este fin de semana, gracias a ti mi hermano ha tenido una gran boda y ha podido olvidar lo mal que lo ha pasado durante todos estos años —me dice mientras se sienta, esperando que yo haga lo mismo—. Quería agradecértelo de alguna forma y tener una gran primera cita.

¿Cita? ¿Esto es una cita? Así que le gusto de verdad. Tengo que contenerme para no lanzarme a sus brazos, cosa que es realmente difícil cuando me mira con esos ojos verdes y esa sonrisa que podría iluminar el mundo. Me siento como en una nube y, aunque quizás sea algo pronto para decirlo, presiento que este va a ser el mejor verano de mi vida.

—Cuéntame —dice por fin, sacándome de mi inesperada ensoñación—. ¿Vienes todos los veranos?

—Sí —contesto con una sonrisa, recordando el momento en que mis padres nos anunciaron que habían arreglado la casa de los abuelos y que podríamos volver a pasar allí los veranos—. He venido desde que era un bebé aunque, la casa se quemó un invierno cuando tenía ocho años y hasta hace unos seis años no pudimos volver —contesto con un deje de tristeza en mi voz—. Fue difícil pasar aquellos veranos en lugares diferentes, este sitio me traía muchos recuerdos de mi niñez y no quería alejarme de ellos.

—Vaya, ahora entiendo porque no me sonabas de nada —dice entre risas mientras se lleva una fresa a la boca—. Empecé a venir con diez años y dejé de venir con dieciocho, supongo que más o menos es el tiempo en el que tú no pudiste venir.

Pasamos toda la noche hablando y riendo, contándonos cosas sobre nosotros. Álvaro me explica que hace un par de años terminó la carrera de ingeniería biomédica, pero que no ha sido capaz de encontrar un trabajo que le permitiese explotar sus conocimientos. Al parecer, las investigaciones en España no están a la orden del día. Me cuenta que trabaja en Tarragona en un

centro para niños y niñas con discapacidades y que le llena, pero no es lo que quiere hacer durante toda su vida. Lo que realmente quiere, es encontrar las causas que provocan esos trastornos en los infantes. También me cuenta que nunca se ha enamorado, puesto que no ha encontrado a la persona que le haga sentir diferente al resto. Me sienta bien saber que no soy la única que se siente de esa forma, está bien poderlo compartir con alguien.

Cuando llega la hora de despedirnos, siento cómo un gran vacío se apodera de mi interior y noto que podría echarme a llorar en cualquier momento. No entiendo cómo los sentimientos pueden formarse en apenas unas horas, pero puedo asegurar que lo que estoy experimentando ahora mismo se parece mucho a lo que había soñado que era el amor.

— Podríamos ir a la playa y pasar allí el día, si te parece bien —dice con una sonrisa y yo asiento, aunque no sé si seré capaz de esperar a que el Sol se alce ante nosotros—. Nos vemos mañana entonces.

Álvaro se acerca a mí con cautela y deposita un dulce beso sobre mi mejilla. Noto como el calor recorre mi cuerpo y me sonrojo, menos mal que la calle está oscura y no se ha dado cuenta. Aprieta mi mano con suavidad y se da media vuelta para emprender el camino que le llevará hasta su casa. Cuando se ha alejado unos metros, saco las llaves del bolso, pero antes de que me dé tiempo de abrir la puerta, siento como Álvaro me da la vuelta y me besa en los labios con mucho cariño. Sonríe contra sus labios y me dejo llevar hasta que nos separamos.

—No podía irme sin hacerlo —dice con una gran sonrisa adornando sus labios y sale corriendo, dejándome sumida en un sueño del que creo que no voy a despertar jamás.

Los días siguientes a nuestro primer beso se pueden describir como si hubiesen salido de un cuento de hadas. Hemos pasado cada hora de cada día juntos y, aunque pueda parecer algo pesado, no nos hemos cansado de estar el uno con el otro. Han pasado varias semanas desde ese momento y ya no puedo seguir negando que estoy perdidamente enamorada de él. Sí, definitivamente el amor a primera vista existe y es imposible controlarlo.

—¿Estás lista? —me pregunta gritando desde su moto mientras bajo corriendo las escaleras.

—No estoy muy segura —digo dándole un dulce beso en los labios y cogiendo el casco que me ofrece, nunca he montado en moto y me da un poco de miedo.

—No vas a caerte, te lo prometo.

Niego levemente con la cabeza y me pongo el casco, tomando aire antes de subirme a la parte trasera de ese monstruo con ruedas. Me agarro a su cintura y cierro los ojos cuando enciende el motor. Pasados unos minutos, me doy cuenta de que no es para tanto y disfruto de la sensación de libertad que siento mientras el aire acaricia todo mi cuerpo. Unos veinte minutos después, nos encontramos en un gran prado lleno de flores y no puedo evitar echar a correr por todo el lugar. Noto la mirada de Álvaro sobre mí y escucho su risa, cosa que provoca que yo ría también. A veces no entiendo cómo puedo ser tan infantil. Álvaro se acerca a mí y me rodea con sus brazos. Me agarra fuerte y empieza a dar vueltas conmigo. Durante unos minutos giramos en medio del prado, hasta que nuestros cuerpos no soportan el mareo y caemos al suelo. Supongo que ser infantil es más fácil al lado de alguien que es capaz de comportarse de la misma manera.

—Te quiero —susurra un momento antes de besar mis labios. Mi corazón empieza a latir con fuerza. Han pasado tres semanas aproximadamente desde que nos conocimos y empezamos a quedar y no pensé que lo nuestro pudiese llegar tan lejos.

—Te quiero —le respondo, provocando que una gran sonrisa se dibuje en su rostro y entonces vuelve a besarme con dulzura mientras ambos reímos.

En un momento determinado, nuestras risas se ven interrumpidas por nuestros besos, que han pasado de dulces y tiernos a apasionados y mordaces. La mano de Álvaro se desliza por debajo de mi camiseta y empieza a acariciar la parte baja de mi espalda con suavidad. Poco después, la misma mano se desliza hasta mi trasero y lo presiona con suavidad, provocando que un pequeño gemido escape de mis labios. Sé lo que va a pasar y soy consciente de que voy a entregarle algo que no podré recuperar, pero estoy convencida de que Álvaro es el amor de mi vida y de que no me arrepentiré al entregarme a él.

Camuflados por las altas flores del prado, nos sentamos frente a frente y nos observamos en silencio, esperando tener cada uno la aprobación del otro para seguir adelante. Con una tímida sonrisa, me deshago de mi camiseta y la dejo a un lado, permitiendo que Álvaro observe mi cuerpo. Segundos más tarde, él repite la acción y se quita también la camiseta. Toma mis manos y las deposita sobre su pecho mientras vuelve a unir nuestros labios en un beso cargado de

deseo. Antes de darme cuenta, la ropa está desperdigada a nuestro alrededor y yazco tumbada sobre la hierba con Álvaro entre mis piernas. Este me mira fijamente a los ojos y acaricia mi rostro con suavidad.

—¿Estás segura? —pregunta con un deje de duda en su voz, está claro que no quiere hacer nada para lo que no esté preparada.

Asiento, incapaz de hablar por el nerviosismo que recorre mi cuerpo, y noto como su miembro empieza a entrar despacio. Gimo levemente y cierro los ojos con fuerza, aunque Álvaro va con mucho cuidado, el dolor es insoportable.. Poco a poco, se va introduciendo dentro de mí hasta que está dentro por completo. En ese momento, empieza a moverse con suavidad y mis gemidos de dolor se van convirtiendo en jadeos de placer. Arrastro mis manos hacia su trasero para incitarle a ir más rápido y, dándose cuenta de que no va a hacerme ningún daño, se funde en mí embistiéndome con más fuerza. Siento que podría desmayarme ahora mismo, jamás habría imaginado que el sexo proporcionase tanto placer y que sea Álvaro el primero me hace disfrutarlo mucho más. Alzo mis caderas, haciendo que el orgasmo de ambos se acerque con más rapidez.

Sin apenas darme cuenta, estoy gritando su nombre mientras un escalofrío recorre mi espalda y provoca que mis piernas tiemblen descontroladamente. En este momento doy gracias a la vida por estar tumbada sobre la hierba o habría caído de bruces contra el suelo. Segundo más tarde, Álvaro se deja caer sobre mi cuerpo y deposita suaves besos en mi clavícula. En este momento nada podría hacerme más feliz.

—¿Sabes? —me dice mientras nos vestimos. Una vez que hemos terminado, se tumba boca arriba, dejando que me recueste sobre su pecho—. Nunca había creído en el amor. Siempre he pensado que eran tonterías de niños y que la gente se engañaba al pensar que podía amar y ser amado por alguien hasta el punto de que te duela el alma si no estás con esa persona —mientras habla, acaricia mi pelo con dulzura—. Siempre creí que pasaría el resto de mi vida solo o que encontraría a una chica a la que podría al menos soportar, pero entonces te conocí y cambiaste todas las ideas preconcebidas que tenía sobre el amor. Me has enseñado lo fácil que es enamorarse de una persona si esta te corresponde y lo fácil que es sentirse querido y respetado —besa mi frente

con amor y alzo la cabeza para poder mirarle a los ojos—. Gracias a ti soy capaz de ver la vida de otra forma y siento que nada ni nadie podrá nunca terminar con el amor que siento por ti. Aunque el verano acabe, no voy a permitir que nada nos separe.

El amor es sentir que puedes ser tu misma al lado de una persona, saber que nunca va a juzgarte y que siempre va a hacer todo lo posible por hacerte feliz. Así es como me siento yo respecto a Álvaro y, como él ha dicho, sé que nada ni nadie será capaz de acabar con lo que siento por él. Quizás el verano llegue pronto a su fin, pero estoy segura de que las cosas entre nosotros no van a cambiar. Un amor que es puro y verdadero, nunca morirá.

Álvaro me ha enseñado en estas tres semanas que cualquier cosa es posible si te lo crees y luchas por ello. Me ha enseñado que nunca hay que desistir, porque las cosas llegan cuando menos te las esperas. Me ha enseñado que soy capaz de ser el centro de atención, aunque solo sea de una persona. Me ha hecho ver que me amará y me respetará siempre y es algo que pienso corresponder.

En cuanto recibo el correo electrónico que llevo esperando todo el verano, me precipito escaleras abajo para dirigirme a casa de Álvaro y darle la buena noticia. El verano casi ha terminado y los sueños van cumpliéndose poco a poco. Nada más cerrar la puerta, veo que él viene hacia mi casa y corro en su dirección con una gran sonrisa dibujada en mis labios.

—¡Me han contratado en la central de Madrid! ¡No me puedo creer que vaya a trabajar como criminóloga para la mejor compañía de investigación del país!

—grito cuando veo aparecer a Álvaro y rápidamente me echo entre sus brazos. Este me abraza con fuerza e inmediatamente siento que algo no va bien, puedo notarlo en cómo rodea mi cuerpo con sus brazos. Quiere protegerme y a la vez siento como si tuviese que alejarse de mí. Me separo de él y le miro a los ojos, llevando mi mano a su mejilla para acariciarla. Mis sospechas quedan confirmadas cuando las lágrimas empiezan a brotar de sus ojos y su labio inferior empieza a temblar levemente. Se ha acabado, todo ha llegado a su fin.

—Lo siento —me dice mientras vuelve a abrazarme de nuevo. Me dirige hacia las escaleras de mi casa y hace que los dos nos sentemos—. Me voy mañana por la mañana a Nueva York, me han llamado de uno de los centros donde

investigan las curas a diferentes enfermedades que afectan a las personas. No puedo rechazar algo así, es por lo que he luchado toda mi vida y...

Le interrumpo besando sus labios. Quizás otras personas se enfadarían si su pareja escogiera perseguir su sueño antes que quedarse a su lado, pero yo no soy capaz de hacerlo. Sé que ha llegado el final de nuestra relación, esto es algo que tengo muy claro, pero no puedo dejar que abandone sus sueños y sus metas por quedarse a mi lado. Yo tampoco lo haría. Me parte el alma verle tan derrotado, pero ahora lo único que podemos hacer es disfrutar del último día y quedarnos con el recuerdo de que hemos vivido el mejor verano de nuestras vidas. Aprovechando que mis padres no están, nos dirigimos a mi habitación y nos tumbamos sobre la cama, dejando que nuestros cuerpos se fundan en uno solo creando un vínculo que nada ni nadie podrá destruir nunca.

Han pasado más de cuatro años desde que nos separamos y aún no he sido capaz de sacarlo de mi mente y mucho menos de mi corazón. El día en que le conocí me di cuenta de que no encontraría el amor en otra persona que no fuese él. Le bastaron solo dos palabras para hacerme comprender que el amor existe y que solo hay que esperar a que este te encuentre. Desde la primera vez que le vi, le amé con sus defectos y virtudes, con sus miedos y sus sueños; entonces supe que estábamos hechos el uno para el otro. Recuerdo a la perfección el momento de nuestro primer beso, de nuestra primera caricia, de ese primer te quiero que hizo que cada parte de mi cuerpo se estremeciese y de la primera vez que me entregué a él en cuerpo y alma. Pero no todo en la vida puede ser mágico.

El verano acabó mucho más rápido de lo que ninguno de los dos hubiésemos deseado y cada uno tuvo que volver a su realidad, nos separamos y no he vuelto a saber nada de él. Aún no he olvidado su mirada, esa que decía que había llegado el fin de nuestra relación y que le partía el alma el hecho de separarse de mí y que en gran parte fuese por su culpa. ¿Podría haberse quedado en España? Por supuesto, hay muchos hospitales que trabajan para encontrar las curas a las enfermedades que afectan a la población, pero él no habría sido feliz. Álvaro no quería simplemente encontrar una cura para una enfermedad ya desarrollada, quería encontrar la razón de dicha enfermedad y crear algo que evitase su reproducción. Él siguió su camino y yo seguí el mío,

siendo conscientes de que nuestros corazones siempre les pertenecerían al otro.

Decidimos no darnos los teléfonos, ni ninguna dirección; creímos que sería lo mejor para ambos, ya que era muy difícil que nos volviéramos a encontrar. Si en alguna ocasión nuestros caminos se vuelven a juntar, será cosa del destino.

Fueron meses duros, llenos de lágrimas y de llamadas de amigas intentando animarme. Nada funcionó.

Es un amor inolvidable y mi único alivio y mi mejor compañero, ha sido el tiempo.

Álvaro fue, es y será siempre el amor de mi vida.

AGRADECIMIENTOS

Para mis soñadores, por estar a mi lado desde el primer momento y apoyarme a seguir luchando por mis sueños. Gracias a vosotros sigo hoy aquí, desfogándome sobre el papel y haciéndonos partícipes de todas esas ideas descabelladas que me rondan por la cabeza.